

**II**  
**ESTUDIAR EL PRESENTE**  
**PARA COMPRENDER**  
**EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO**

## La naturaleza del dato arqueológico

*José Luis Lanata y Ana M. Aguerre*

Fue la arqueología procesual la primera en reconocer que el registro arqueológico no es isomórfico con el comportamiento humano que le dio origen. A partir de los trabajos de Binford (1978) y Schiffer (1976) y del consiguiente desarrollo de las nuevas líneas de investigación, comienza una nueva interrelación entre lo teórico y lo empírico. Esto permitió conectar, de manera significativa, el registro arqueológico con las diferentes hipótesis y con los modelos planteados por distintos autores para cada uno de los casos estudiados. Es por ello que actualmente los arqueólogos, tanto procesuales como un gran número dentro de varias de las corrientes posprocesuales, dedican una especial atención a la generación de información mediante el empleo de la Teoría de Rango Medio.

El punto de partida de estos estudios es visualizar la evidencia arqueológica como una asociación de objetos que se encuentra en el presente *–estática–*, pero que fue generada en el pasado *–dinámica–* de una manera desconocida para el investigador. Nuestro interés radica no sólo en recuperar estos objetos materiales sino también en observar las características del sedimento que los rodea, contiene y/o sostiene *–matriz–*, la localización espacial donde se encuentran los materiales *–procedencia–* y las relaciones que tienen entre sí los diversos objetos *–asociación–* en concordancia con las escalas témporo-espaciales de la investigación. Así, el registro arqueológico no es un reflejo directo de las diferentes conductas humanas que le dieron origen en un espacio-tiempo dado. Al ser un ente contemporáneo *–existe entre nosotros, hoy y ahora, es decir*

es *tiempo transgresivo*—, uno de los primeros pasos en una investigación es conocer el grado de integridad que posee. Debemos averiguar cuáles han sido los distintos procesos y agentes que intervinieron en la formación de cada registro arqueológico. Una variedad desconocida de procesos y agentes, tanto humanos como naturales, han actuado a lo largo de toda su historia de vida, iniciándose en el momento mismo en que un instrumento es confeccionado, pasando por su depositación en un estrato o superficie hasta su recuperación. Estos procesos lo estructuran de diferentes formas. Una de las estrategias de que disponemos para conocer estos procesos está compuesta por un cuerpo metodológico: son los estudios actualísticos (véase cap. 4).

## 1. Registro y dato arqueológico

Existe un consenso general acerca de que los restos materiales producto de los diferentes comportamientos humanos conforman el registro arqueológico. La naturaleza de estas evidencias materiales es tan diversa como las mismas conductas humanas. Abarcan desde una pequeña lasca en la Garganta de Olduvai con una antigüedad de 2 o 3 millones de años, pasando por urnas funerarias, instrumentos líticos, megalitos, ornamentos y expresiones artísticas, poblados y ciudades, hasta la cápsula espacial Apolo XIII, un reproductor de discos compactos o los restos del Muro de Berlín. El registro arqueológico en sí mismo no es un dato (Yacobaccio, 1991). Estos vestigios materiales de los comportamientos humanos devienen dato arqueológico cuando los reconocemos, recolectamos, examinamos, inspeccionamos, describimos y registramos, adscribiéndoles una relevancia determinada dentro de una investigación científica.

Tradicionalmente se reconocen tres formas básicas de registro arqueológico: los *artefactos*, los *rasgos* o *estructuras* y los *ecofactos*. Estos tipos fueron definidos en la década de 1970 (Sharer y

Ashmore, 2002). Los artefactos son entidades discretas que se caracterizan por poseer atributos de la actividad humana. En general, son objetos de diversas características, por ejemplo, una punta de proyectil, un fragmento de una vasija de cerámica o vidrio, un clavo metálico, un tejido de fibras vegetales o animales, o un neumático. Estos ejemplos nos muestran que son: a) elementos naturales que han sido total o parcialmente modificados o b) fabricados y/o confeccionados completamente mediante actividades humanas. Una de las peculiaridades de los artefactos es que sus características formales no se modifican cuando son extraídos del medio o sedimento en el cual se los ha descubierto y son transportados a los centros de investigación. Por su parte, los *rasgos* o *estructuras* son en esencia artefactos no transportables, ya que su remoción del lugar en el que se encuentran produciría la destrucción, alteración o modificación de su forma original. Así caminos, fogones, paredes, casas, agujeros de poste, tumbas, o restos de naufragios no pueden ser trasladados tras su descubrimiento sin que se destruya o modifique su forma original, aun cuando podamos reconstruirlos posteriormente. Finalmente, los *ecofactos* son aquellos restos materiales de origen natural que no han sido confeccionados por los humanos pero que suministran información ambiental, ecológica, geológica y climática. Los restos de animales y vegetales, en sus diferentes tipos y formas, constituyen los ecofactos, así como pigmentos, minerales, piedras especiales, etcétera. Además de brindar referencias de las diferentes especies presentes y pautas de su explotación, ayudan a conocer la diversidad de hábitat explotado, inferir ecosistemas, derivar distancias de aprovisionamiento de determinados recursos, comprobar la existencia de pulsos climáticos, particularidades propias de las múltiples y variadas actividades de las poblaciones humanas. Hay casos en los que algunos vestigios materiales son difíciles de encuadrar dentro de una u otra categoría, por ejemplo las pinturas rupestres. Sin duda, deben ser equiparables a los artefactos y estructuras, pues su importancia radica no sólo en que son una expresión artística sino

también en sus diferentes pasos de producción, estilos y explotación de recursos naturales. En definitiva, estas formas básicas del registro arqueológico conforman el eje principal sobre el cual un investigador obtiene los datos necesarios para una determinada investigación. Si bien el registro arqueológico en sus diferentes formas es único, distintos estudiosos pueden extraer datos diferentes de ellos. Esto depende del marco teórico de la investigación y de la posibilidad de obtener los datos que se buscan en el registro disponible.

En la actualidad, y gracias a la interrelación con otras ciencias, se ha incorporado a las investigaciones arqueológicas una nueva serie de datos. Mientras artefactos, rasgos y ecofactos son evidencias y/o residuos detectables en una excavación, existe un número importante de vestigios que brindan un universo diferente de información. Más allá de aquellos que forman parte del protocolo estándar en las investigaciones –e.g. polen, microdesgastes y huellas– la posibilidad de extraer ADN, reconocer e identificar la presencia de sustancias orgánicas en instrumentos, distinguir la estructura molecular e isotópica de los elementos que compone un artefacto, detectar materiales enterrados mediante ondas radioeléctricas, explorar las propiedades de los ambientes mediante satélites, etc., nos permite contestar nuevas preguntas. Por lo tanto, ahora podemos explorar nuevas dimensiones tanto del registro como del dato arqueológico, que van más allá de simplemente contar con uno o más sitios arqueológicos.

Artefactos, rasgos, estructuras y vestigios pueden presentarse aislados o asociados de diferentes maneras. Son estas asociaciones las que denominamos sitios arqueológicos. En general se tiende a caracterizar a los sitios arqueológicos por algunas de sus principales características formales, e.g. de superficie o estratificado, a cielo abierto, cuevas o alero, conchero, poblado, de altura. Los sitios varían en tamaño –desde unos pocos metros cuadrados hasta hectáreas–, cantidad y diversidad de materiales presentes, cantidad de capas y potencia de sus sedimentos –desde pocos centímetros hasta

varios metros– y en su ubicación actual en un ambiente. Los sitios son entidades únicas y particulares. Son el producto de una simple y breve estadía de horas por un pequeño grupo o de una ocupación constante de decenas o cientos de años de una población. Pueden haber tenido múltiples funciones o una única a lo largo del tiempo. Si bien hasta la década de 1970 se consideraba al sitio como su unidad de investigación, poco a poco, la región en la que se encuentra pasó a tener una relevancia mayor. Uno de los motores de ello fue la concepción de sistema imperante en la arqueología procesual, que reconoció que las actividades humanas se desarrollan en un espacio y generando múltiples lugares de actividades diferentes. Esto llevó a nuevos acercamientos en los que el espacio se toma como la entidad que integra tanto los hallazgos de materiales aislados como los diferentes sitios presentes en una región.

## 2. El concepto de contexto en arqueología

En ciencia, la idea general de contexto hace referencia a las relaciones entre uno o más objetos y el medio en el cual se encuentra(n), lo que le(s) brinda un significado específico. Para entender a un artefacto o un rasgo como el portador de algún tipo de dato es necesario contar con un modelo de las posibles relaciones que ha tenido a lo largo de su historia de vida, ya que solo, aislado, nada dice, más allá de sus propiedades formales. Si bien la idea de contexto se ha empleado en arqueología desde sus primeros momentos, constituye sin duda una más de las principales contribuciones de la arqueología procesual. Los enfoques tradicionales daban por sentado que un conjunto de huesos, rocas y/o trozos de cerámica, limitados en una estrecha capa de una cueva o de una habitación, eran un «piso de ocupación». Este presupuesto fue cuestionado e investigado exhaustivamente. Muchos arqueólogos empezaron a considerar a los depósitos y/o superficies que contenían determinados materiales como el resultado contemporáneo de un número no determi-

nado ya sea de conductas humanas como de la acción de diferentes agentes naturales. Por lo tanto, se hacía necesario conocer la dinámica de los diferentes procesos que actuaron en la formación de cada registro arqueológico que investigamos a fin de determinar su integridad y así saber sobre qué aspectos de las conductas humanas podemos hablar con mayor certeza.

### 2.1 Contexto arqueológico y contexto sistémico

A partir de la influencia que tuvo la Teoría General de los Sistemas durante los primeros años del procesualismo, los arqueólogos encontraron en ella una herramienta útil para tomar en cuenta las diferentes conductas humanas que podían dar lugar al registro arqueológico. Al fabricarse un artefacto –e.g. una vasija de cerámica–, el artesano realiza una serie de operaciones sistémicas. Es decir, hay diferentes variables que toma en cuenta y cada paso posee un orden dentro de la actividad general. Se presupone que este tipo de comportamiento humano no es azaroso, una vez que se ha aprendido a realizarlo. Por lo tanto, deben examinarse las diferentes variables que entran en la fabricación de un artefacto, sus estados e interacciones, considerando que cada una de ellas forma parte de un sistema. De acuerdo con estas premisas, Schiffer (1972 y 1976) propone la distinción entre *contexto sistémico* y *contexto arqueológico*, como dos momentos diferentes dentro de la historia de vida del registro arqueológico. En esta concepción, la actividad humana está encauzada como un sistema o conjunto de subsistemas específicos. Al fabricar un artefacto de piedra, por ejemplo un raspador, el artesano realiza diferentes pasos:

- a) se aprovisiona de la materia prima,
- b) la procesa hasta darle la forma relacionada con el uso final que quiere darle,
- c) lo mantiene a fin de que conserve su eficacia durante su uso,

- d) lo recicla si es necesario,
- e) puede o no transportarlo a otro lugar, y finalmente
- g) lo descarta y/o desecha o simplemente lo pierde o abandona.

En cualquier momento de ese sistema, las señales materiales de dichas conductas –extracción de materias primas en una cantera, talla, retoque, etc.– pueden dejar evidencias materiales en uno o varios contextos arqueológicos. Identificar cuáles de esos pasos son discernibles en una muestra arqueológica nos permitiría, en términos de Schiffer, conocer potencialmente qué clase de actividades tuvieron lugar allí. Cada uno de los pasos constituye, en cierto modo, una variable en un sistema, ya que existe una relación dada entre las partes para que el sistema funcione adecuadamente. Casi todas estas actividades generan residuos, trazas, rastros y/o huellas. Así el contexto sistémico está conformado por el sistema de conductas bajo el cual los humanos producen artefactos, rasgos, ecofactos y por los distintos tipos de relaciones con sus congéneres.

Por su parte, el contexto arqueológico está formado por la evidencia material del sistema de conductas que le dieron lugar en algún momento. El contexto arqueológico es lo que los arqueólogos han recuperado a través de excavaciones y/o recolecciones de superficie. En esa dicotomía estática-dinámica del registro arqueológico, el contexto arqueológico representa a la primera parte de ella. Es lo que tenemos, lo que nos ha quedado de los comportamientos humanos. En cambio, el contexto sistémico es lo dinámico, aquello que pretendemos entender, modelar y/o reproducir. La figura 3.1 esquematiza los diferentes contextos.

En esta dicotomía, Schiffer plantea que todo investigador, a través de un determinado contexto arqueológico, debe conocer el contexto sistémico o acercarse lo más posible a él. Es este último el verdadero sistema de conductas que una vez estuvo en vigencia y que generó los restos materiales que estudiamos. La utilidad de estos conceptos de contexto radica principalmente en diferenciar la naturaleza de ambas situaciones. Una concreta, estática y actual –el

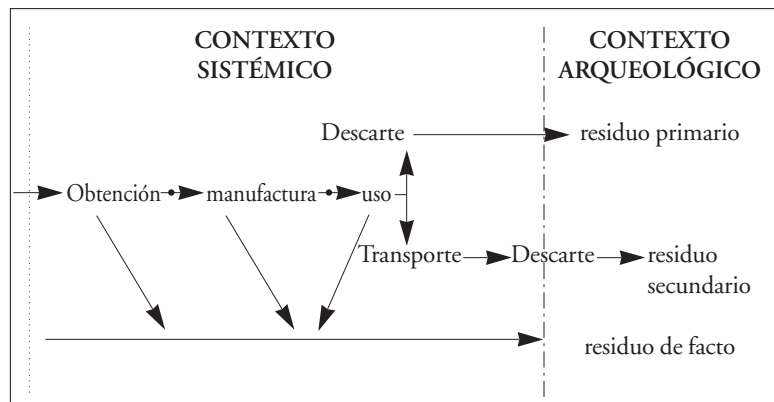


Figura 3.1. Esquema de los contextos sistémico y arqueológico. Basado en Schiffer (1972; 1976).

contexto arqueológico—, y otra desconocida, inferida, reconstruida, o modelada, formada por aquellas actividades humanas que tuvieron lugar en algún otro momento. Esto lo menciona también Binford: el registro arqueológico es el remanente estático de lo que alguna vez fue un sistema dinámico. En cualquier momento de ese sistema, los residuos materiales de esas conductas pueden haber dejado evidencias materiales en uno o varios contextos arqueológicos. Si identificamos en nuestras investigaciones cuáles de estos pasos pueden reconocerse en una muestra particular, podremos potencialmente determinar qué diversidad y tipos de actividades tuvieron lugar allí.

## 2.2 Contexto y ecología

Durante la década de 1950 comienza la influencia de los trabajos de Steward y White en la arqueología. Entre los principales aportes se observa la importancia del medio en la adaptación humana y los

correlatos ecológicos que ello involucra. La arqueología procesual tomó estos conceptos como una de sus banderas más importantes. Sin embargo, tuvo impactos diferentes entre sus seguidores. Para algunos la influencia del ambiente era algo dado, en tanto que para otros autores formó parte de sus líneas de investigación. Uno de los casos más relevantes donde comienzan las aplicaciones ecológicas se da con Flannery y su equipo. A comienzos de la década de 1970 y en sus estudios de las villas tempranas mesoamericanas, Flannery enfatiza el concepto de ecosistema y de los intercambios existentes entre las poblaciones humanas y su ambiente. Para ello, toma en sus planteos diferentes conceptos ecológicos que fueron enunciados por Odum en 1953 y Bates en 1960, pioneros de la ecología. En su reseña histórica, Willey y Sabloff (1974) señalan que el concepto de ecosistema que aplica la arqueología debe entenderse como las interacciones existentes entre materia y energía, en las poblaciones vivientes. Aquí puede verse la influencia que tienen en los arqueólogos procesuales tanto la Teoría General de los Sistemas como la ecología. Para estos autores, las modernas perspectivas ecológicas son una gran promesa en este sentido. Así y haciendo referencia a los estudios de Flannery, indican que la aplicación de una perspectiva ecológica conforma un paso importante en la necesaria reconstrucción de los sistemas sociales que se han extinguido, aportando además los medios adecuados para su contrastación y verificación. Para Willey y Sabloff considerar a la cultura como un sistema total —en el cual la ecología tenga un peso relevante— puede llevar a la arqueología a tener un mejor conocimiento y mayores posibilidades de explicar diferentes situaciones de estabilidad y cambio cultural.

Karl Butzer se pregunta sobre el significado de contexto en arqueología. Así reconoce que los arqueólogos han considerado como contexto a una trama que conforma un determinado bloque espacio-temporal. Este bloque es susceptible de incluir en él tanto un medio cultural como un medio no cultural. La ventaja de esta aproximación es que puede aplicarse tanto a un solo artefacto co-

mo a un conjunto de sitios o yacimientos en una región. Esta posibilidad de variación de escalas analíticas es muy importante y pasa a tener un uso más difundido entre los arqueólogos a partir de la década de 1980. Así Butzer (1980) propone una *arqueología contextual*, en la que fusiona más explícitamente a la arqueología antropológica de la nueva arqueología los principios ecológicos propuestos para la antropología por Steward y White durante la década de 1950.

Butzer propone un enfoque que trascienda el énfasis particular y habitual de los arqueólogos por los artefactos y algunos sitios aislados. Intenta con ello tener una apreciación más real y concreta de las estructuras de los paleoambientes. Ello permite esbozar y reconstruir las posibles interacciones espaciales, económicas y sociales que pudieron tener lugar en un determinado sistema de asentamiento y de subsistencia. Para Butzer la clave del enfoque contextual radica en que considera la multidimensionalidad de la interacción entre las decisiones humanas y el medio ambiente. Conocer esta interacción posibilitará a los arqueólogos acercarse a los diferentes fenómenos ecológicos que tienen influencia en las esferas culturales, biológicas y físicas de las poblaciones humanas. En este sentido hay cinco temas centrales que considerar: espacio, escala, complejidad, interacción y estabilidad.

El espacio es relevante, ya que los diferentes fenómenos culturales no están distribuidos homogéneamente en una región determinada. Las poblaciones humanas, cualquiera sea su economía de base, se encuentran influenciadas en mayor o menor grado por la topografía, el clima y las otras comunidades biológicas que están en un espacio dado. Así como también lo están por la presencia de otras poblaciones humanas vecinas. Los diferentes procesos geológicos, climáticos, biológicos y sociales tienen repercusiones en diferentes escalas de tiempo y de espacio. Por lo tanto, los distintos procesos en la historia de la humanidad son relevantes de acuerdo con una escala determinada. Así es que debe existir una adecuada relación entre el tema de investigación y las unidades de espacio y

de tiempo que delimite un investigador. Por ejemplo, si nos interesa conocer las formas en que las jerarquías sociales se denotan en las viviendas de un poblado incaico, deberemos aplicar una microescala. Si, en cambio, nos interesa conocer la procedencia de materias primas cerámicas de diferentes regiones, deberemos aplicar una macroescala. Y si nos interesa discutir el proceso de hominización, la megaescala será la más adecuada.

Las relaciones sociales, religiosas, económicas, etc. dentro de una población y entre diferentes poblaciones, así como las de estas con el medio ambiente no son homogéneas y sencillas. La idea de complejidad pone de manifiesto la necesidad de delimitar y caracterizar, en sus diferentes escalas de tiempo y espacio, la multiplicidad de respuestas diferentes que caracterizan las relaciones ecológicas entre humanos y medio. Esto a su vez lleva a que debamos conocer la interacción entre las distribuciones heterogéneas tanto de las poblaciones humanas como de las otras comunidades biológicas. Muchas veces esas interacciones se han basado en análogos modernos (véase el cap. 4) pero sabemos que no necesariamente estos pudieron darse en el pasado. Es por ello que los arqueólogos deben estar abiertos a conocer situaciones de interacción desconocidas en la actualidad, como lo señaló Binford.

En un ecosistema dado sus diferentes integrantes también son afectados por situaciones de retroalimentación negativa, ya sea por procesos internos o por influencias externas. Como consecuencia de ello, ya tengan estas situaciones consecuencias en el corto, mediano o largo plazo, pueden darse modificaciones en las condiciones de su estabilidad. En tal sentido, la estabilidad en un determinado ecosistema en el que interactúa una población humana debe ser demostrada y no tomada como una situación dada. Esto es relevante en las investigaciones arqueológicas, ya que más allá de la escala de análisis, situaciones de equilibrios inestables y dinanismos fluctuantes parecen ser las situaciones ecológicas más comunes.

Principalmente dentro de la arqueología procesual, son los arqueólogos que se dedican a la Teoría de Rango Medio los que se

dedicarán a construir los puentes entre la estaticidad del registro arqueológico y el dinamismo de las conductas que le dieron origen. En este sentido, tres disciplinas son las que experimentaron un mayor desarrollo, logrando progresos y perfeccionamientos propios, aportando además información para otras ciencias. En el próximo capítulo conoceremos sus principios y campos de aplicación fundamentales.

## Bibliografía

- Binford, L. R. 1978. Dimensional analysis of behavior and site structure; learning from an Eskimo hunting stand, *American Antiquity*, núm. 43, pp. 330-361.
- Butzer, K. 1980. Context in archaeology, *Journal of Field Archaeology*, núm. 7, pp. 417-422.
- Schiffer, M. B. 1972. Archaeological context and systemic context, *American Antiquity*, núm. 37, pp. 156-165.
- 1976. *Behavioral Archaeology*. Nueva York, Academic Press.
- Sharer, R. y Ashmore, W. 2002. *Archaeology: Discovering Our Past*. Boston, McGraw-Hill.
- Willey, G. y Sabloff, J. 1974. *A History of American Archaeology*. San Francisco, Freeman and Co.
- Yacobaccio, H. 1991. Información actual, analogía e interpretación del registro arqueológico, *Shincal*, vol. 3, núm. 1, pp. 185-194.

## 4

### **Etnoarqueología, arqueología experimental y tafonomía**

*María Magdalena Frère, María Isabel González,  
Ana Gabriela Guráieb y Andrés Sebastián Muñoz*

La arqueología científica aborda el estudio del registro arqueológico a partir de la definición de un problema de investigación, planteando hipótesis y sus expectativas tanto generales como particulares. Es el problema de investigación el que determina qué información debe buscarse, en qué escala analítica, por medio de qué estrategia metodológica. Por otra parte, los arqueólogos nos hemos dado cuenta de que un contexto arqueológico no es el reflejo directo de los comportamientos humanos en un tiempo dado. Por el contrario, es el resultado de una combinación desconocida de actividades humanas y de diferentes acciones de agentes naturales que se encuentran en el medio ambiente, y que es interrumpida en el momento de nuestra investigación. En otras palabras, no hay una relación directa entre la evidencia material y las conductas que la originaron. La forma en que un científico establece las relaciones entre las evidencias y los posibles comportamientos culturales es lo que le permite inferir, comprender y/o reconstruir las conductas humanas que pudieron originarlos. De ahí la importancia de entender la gama potencial de procesos que intervinieron en su formación.